

¿UN PARTIDO DE LA AUTONOMÍA? (I)

— STEVE WRIGHT¹

TRADUCCIÓN DE PEPE DEL AMO, PABLO
OLIVEROS Y ANDRÉS TIMÓN

REVISIÓN: LUIS SOLDEVILLA

En memoria de Ivan Conabere – ‘Uno di noi’

*La Autonomía operaia es un partido, desde el punto de vista fenoménico,
organizativo y estructural –*

Juez Pietro Calogero (La Repubblica 1979: 120).

¡Si tan solo...! -

*Mario Dalmaiva, Luciano Ferrari Bravo, Toni Negri, Oreste Scalzone, Emilio
Vesce, Lauso Zagato (1979: 23)*

Este capítulo busca explorar, de forma crítica, el debate que tuvo lugar sobre la forma-partido en el seno y alrededor de los grupos de la Autonomía Operaia a final de los años setenta, cuando dicha área de políticas revolucionarias fue, durante un breve periodo de tiempo, la fuerza dominante entre la extrema izquierda italiana. Habiendo asumido un rol de liderazgo durante las primeras etapas del ‘extraño movimiento de extraños estudiantes’ del 1977 (Lerner, Manconi & Sinibaldi 1978), los autónomos italianos finalmente encontraron un espacio multitudinario para el debate sobre el significado y propósito de la organización política. Mientras duró, fue un debate con muchas aristas dirigido no sólo por las distintas ‘micro-facciones’ (Scalzone 1978) que reclamaban para sí mismas el apelativo de *Autonomía organizzata*, sino también por el abanico de posiciones ‘externas y en sus bordes’ (Martignoni & Morandini 1977).

¹ Me gustaría agradecer a las siguientes personas sus críticas constructivas a una versión anterior de este capítulo: Tim Murphy, Chris Wright, Nik, Enda Brophy, Patrick Cuninghame, Arianna Bove.

Por distintas razones, estas discusiones sostenidas por una generación anterior siguen siendo relevantes. Para empezar, porque arrojan luz sobre el trabajo de Toni Negri, el que seguramente haya sido el más conocido de entre aquellos que en ese momento debatieron sobre los beneficios o no de un ‘partido de la autonomía’. Segundo, y sin desdeñar las diferencias que nos separan con aquella época², porque la experiencia italiana de finales de los setenta resuena con importancia entre aquellos que buscan hoy desafiar el ‘estado presente de las cosas’. Arraigado en un amplio espectro de sectores —estudiantes (muchos de los cuales también eran trabajadores asalariados), obreros de pequeñas empresas, funcionarios públicos (desde personal hospitalario hasta oficinistas)—, el llamado ‘Movimiento del 77’ congregó un amplio abanico de prácticas anticapitalistas de masas. Impregnado de una iconoclastia que anteriormente estuvo reducida a los círculos feministas y la izquierda libertaria, el movimiento desafió no sólo el proyecto de Compromiso Histórico del Partido Comunista, sino también el sentido común de los grupos de la Nueva Izquierda (Bologna 1977a; Cuninghame 2002a; Lumley 1990; Wright 2002). Tal y como Sergio Bologna (1980: 28-9) reconoció a finales de aquella década,

“(...) el movimiento del 77 fue no sólo una forma diferente de concebir la relación entre política y vida, sino también una serie de valores y contenidos que nunca antes habían sido puestos en la agenda de un proyecto político. Pese a haber dejado aparentemente un vacío a su paso, pese a haber dejado al descubierto aparentemente sólo la crisis de las formas políticas, 1977 tiene que ser considerado como una de las mayores anticipaciones de las formas y contenidos de la vida política y social vista en los últimos años. Tras 1977 no hay vuelta atrás, pese a todos los errores cometidos, que muchos aún siguen pagando de forma atroz. El 77 fue un año en el que la riqueza y complejidad de los problemas fue tal que la forma política capaz de contenerlos y organizarlos adecuadamente no pudo ser descubierta”.

Antes de profundizar, sin embargo, merece la pena preguntarnos qué se quiere decir exactamente cuando se habla de ‘Autonomía’. Las dificultades asociadas a este ejercicio fueron presentadas por Bologna en una entrevista de 1995:

“Siempre existe el riesgo de malinterpretar la Autonomía como ¿un “*ceto politico*”, la Autonomía como un nuevo tipo de pensamiento político, la Autonomía como la definición del movimiento de masas? Resulta muy difícil. ¿Por dónde empezar? Creo que lo primero que hay que hacer es justamente precisar, articular las diferencias que básicamente existen entre los diferentes niveles. Por eso, de vez en cuando, hemos llamado Autonomía a esas tres o cuatro cosas juntas. Por eso, hemos de partir de que esta palabra, “autonomía”, es al mismo tiempo una palabra compleja y ambigua. Lo importante es no crear

² 2. Wright (2002) trata de explorar la tendencia operaísta como ejemplo límite de este fracaso.

contradicciones importantes a partir de esta ambigüedad. Teniendo en cuenta que, de hecho, el pensamiento de la Autonomía Organizada, en particular el pensamiento de Toni Negri, es un sistema de pensamiento que, en cierta medida, ha teorizado la ambigüedad. Exactamente en la relación entre élites políticas, ideología y movimiento. Este intento de rechazar el leninismo, de decir esencialmente que las formas políticas actuales son dinámicas políticas que se abren (y) se cierran, que no son permanentes. Evidentemente, era una manera de ocultar, digamos, la dialéctica entre élite política y movimiento” (Cunninghame, 2001).

Abordemos brevemente cada uno de estos aspectos - “élites políticas, ideología y movimiento”- por separado. Como toda agrupación política, cual sea su credo, la Autonomía poseía su propio *ceto politico*: un estrato de militantes compuesto por múltiples capas sociales, comprometido en la continuidad del movimiento a través de su rutina diaria³. Este estrato se constituía en torno a ejes diferentes, aunque a menudo alineados: ubicación de clase, ideología, experiencia compartida, lealtad personal y de grupo⁴. A medida que el movimiento crecía y menguaba a lo largo de la década, lo hacían también los destinos de los distintos estratos y agregaciones. Aunque el destino final del *ceto politico* estuviese ligado a los “componentes organizados” autodefinidos como Autonomía, no puede reducirse de manera simple todo a estos últimos, dada la importancia de redes militantes que se encuentran en otras secciones del ‘área’.

Luego está la cuestión ideológica. La constelación de fuerzas dentro de la Autonomía extrajo sus formas de pensamiento de un amplio abanico de tradiciones: no solo la tendencia marxista propia del operaísmo (Wright, 2002), sino también a partir de otras tendencias que a menudo compiten entre sí. A pesar de ello, existía un núcleo identificable de creencias compartidas dentro del

³ He optado por mantener el término *ceto politico* ya que evoca tanto la noción de estrato dentro de un movimiento y/o clase, como la vocación (realizada o no) de ofrecer un liderazgo a estos últimos. Mss (1989: cap.2) tiene algunas ideas interesantes sobre la estratificación del *ceto politico* de Autonomía en gran parte del norte de Italia, incluso si su enfoque sobre la cuestión de la violencia política tiende a filtrar otros espectros de la dinámica interna del estrato.

⁴ Uno de los aspectos más difíciles en cualquier debate sobre el papel de los militantes/activistas supone desentrañar la relación entre el *ceto politico* propiamente dicho, cuyos miembros suelen definirse a través de la identificación individual con un proyecto organizativo formal y su ideología asociada, y ese *ceto operaio* más amplio dentro de una composición de clase determinada, cuyos miembros pueden promover luchas obreras sin pertenecer, necesariamente, a ningún “movimiento” organizado. Se puede encontrar alguna referencia pasajera sobre este problema en Bario, Pozzi y Roggero (2002). Danilo Montaldi (1971: xii) ofrece algunas reflexiones muy sugerentes sobre este último estrato, aunque insiste en que “no es un estrato social”. Para un análisis de un ejemplo disyuntivo entre activistas políticos y militantes en el lugar de trabajo, véase Mason (1979).

movimiento, las cuales Luciano Castellano (1979c: 8-15) resumiría de la siguiente manera: el rechazo al trabajo (abierto a una variedad de interpretaciones); la defensa y extensión de las necesidades de la clase trabajadora contra la lógica del mercado; y finalmente, como consecuencia de esto último, una noción de la forma-Estado del capital en desacuerdo con el marxismo ortodoxo. En lo que se refiere al Estado, como diría Negri (1979: 190) en uno de sus primeros interrogantes de 1979,

“Para “Autonomía” la toma [del Estado] es un término sin sentido al menos por dos motivos: no existe poder estatal fuera de la organización material de la producción; no hay revolución sino como proceso transitorio en ciernes y parcialmente realizado. Por tanto, está claro que “Autonomía” rechaza cualquier idea de “golpe” de Estado mediante acciones dirigidas contra las instituciones. Para las B.R. (Brigadas Rojas), la liberación proletaria y cualquier otro esfuerzo y momento de lucha, en este sentido, se demuestra imposible si no se ataca y destruye la estructura de poder del Estado.”

Por último, está la Autonomía como movimiento. Como Cuninghame (2002a, 2002b) ha documentado minuciosamente, hubo de hecho varias “Autonomías” (Borio, Pozzi and Roggero 2002) en los setenta, aunque cada una de ellas se cruzara en algún momento con las demás⁵. Estas fueron, en un orden cronológico de aparición aproximado:

1. la red de trabajadores militantes que había inspirado la fundación inicial del movimiento;
2. una compleja alianza de “microfacciones” regionales que luchaba por una hegemonía más amplia en el “área de la Autonomía”;
3. una galaxia “difusa” de colectivos locales independientes, a menudo cortejada por los “autónomos” organizados;

⁵ Balestrini (1989) describe vívidamente esta intersección. La historia de la Autonomía en el sur de Italia sigue siendo la menos conocida de las diversas “Autonomías”. Se dispone de algunas fuentes - desde antologías de la época (Recupero 1978 sobre todo), hasta un pasaje de la nueva edición de *L'orda d'oro* (Caminiti 1997) y secciones de la disertación de Patrick Cuninghame (2002a) - pero nada parecido a la variedad de materiales relativos a los romanos o a muchos de los colectivos del norte.

4. un ala “creativa” preocupada por las políticas de comunicación subversiva;
5. por último, pero no menos importante, una miríada de pequeños grupos clandestinos, muchos de los cuales eran antiguas (o no tan antiguas) articulaciones de la Autonomía organizzata: sobre todo, de las organizaciones de cuadros (como en otras organizaciones de la izquierda italiana) encargadas de proteger a los manifestantes frente a la policía y los fascistas⁶.

Este capítulo se centra en la segunda de estas “Autonomías”, mientras que tratará al resto en la medida en que participaron en el debate del movimiento en torno a la forma partido. Por otra parte, si un proyecto de partido es, por definición, inseparable de los ceti politici [podríamos traducirlo como estratos o sectores políticos, en este caso de la propia composición de clase] organizados en pos del poder del Estado⁷, no es de extrañar que los llamamientos más fuertes a favor de un “partido de la Autonomía” emanaran precisamente de las filas de la *Autonomia organizzata*.

1. Visión del partido en el primer movimiento autónomo

“La punta de lanza de la unificación de clase parte de que los trabajadores de las grandes fábricas se revelen como figura política y teórica absolutamente hegemónica dentro de la composición de clase actual”

(Negri, 1973a: 128).

Podemos comenzar la discusión examinando las nociones del partido planteadas en los momentos incipientes de la Autonomía. Lo que Cunninghame (2002a,

⁶ Muchos de estos círculos contribuirían al fenómeno conocido entonces como “terrorismo difuso”, que a veces era una forma de transición hacia la entrada en los grupos armados más grandes. En *Progetto Memoria* (1994) puede encontrarse una guía útil sobre los orígenes y las relaciones entre las numerosas organizaciones armadas de los años setenta y principios de los ochenta.

⁷ En palabras de John Holloway (2002b: 157), “la forma del partido, ya sea vanguardista o parlamentaria, presupone una orientación hacia el Estado y tiene poco sentido sin ella. El partido es, de hecho, la forma de disciplinar la lucha de clases, de subordinar las innumerables formas de lucha de clases al objetivo primordial de obtener el control del Estado. La ilusión del Estado penetra profundamente en la experiencia de la lucha, privilegiando aquellas luchas que parecen contribuir a la conquista del poder estatal y asignando un papel secundario o peor a aquellas formas de lucha que no lo hacen”.

2002b) denomina como el “movimiento obrero autónomo” comenzó, en parte, por el rechazo a los ejercicios de construcción de partido por parte de los grupos de la Nueva Izquierda formados después del 68⁸. Cada vez más preocupados por su propio desarrollo organizativo, a principios de los setenta estos grupos habían dejado de centrarse en los militantes de los centros de trabajo que se habían incorporado previa y durante el “otoño caliente” de 1969, para centrarse en proyectos diferentes. En el caso de Lotta Continua, esto supuso una reorientación de las reuniones de fábrica, en la que solo se permitía hablar a los trabajadores, hacia un énfasis, en 1972, del trabajo en las calles contra lo que consideraban una involución cada vez más autoritaria del partido demócrata-cristiano [*Democrazia Cristiana*] (Cazzullo, 1998). Tomando el caso del grupo fundado por Negri y otros destacados intelectuales operaístas: en 1971-72, como recordó Bologna (1979:11), *Potere Operaio* eligió, en cambio, como punto de referencia al sector de clase organizado en formaciones políticas extraparlamentarias, a las que continuó planteando el problema de la militarización.

En el mismo periodo, una facción significativa de militantes radicales provenientes de los centros de trabajo había coincidido con la Asamblea Autonoma di Porto Marghera (1972: 24) - que, durante mucho tiempo, fue el pilar de *Potere Operaio* en la industria petroquímica - en que “ni los grupos de la izquierda revolucionaria, ni los consejos (de fábrica) lastrados por el control sindical” eran vehículos adecuados para la creciente lucha de la clase obrera. Se necesitaba urgentemente de un nuevo partido revolucionario para poder “dirigir la apertura de un proceso revolucionario”, tal y como argumentaba un círculo romano de trabajadores del sector servicios que decidió abandonar *Il Manifesto* en 1972⁹. Para esta tendencia, la organización del partido debía ser la de una organización construida, en primer lugar, desde la fábrica y la oficina, dentro de la cual los trabajadores militantes pudieran finalmente realizar la promesa de *Potere Operaio* y otros grupos de una “dirección de la clase obrera” en la constitución una política revolucionaria. Una importante antología de textos autónomos recopilados a mediados de los 70 por los grupos romanos, proporciona una amplia documentación sobre la prevalencia de estas visiones durante los primeros años del movimiento. Los militantes de la fábrica Alfa Romeo de Milán escribirían en 1973 que “el partido de la clase obrera” tenía que

⁸ En la obra de Ellen Cantarow (1973, 1973) se pueden encontrar algunas agudas ideas sobre el primer entorno autónomo.

⁹ Durante muchos años, el círculo de Manifiesto fue probablemente el componente más conocido de la extrema izquierda italiana en el mundo angloparlante, con obras de sus miembros más destacados (Magri, Rossanda, Castellina) que, a menudo, han aparecido traducidas en las tres últimas décadas. Expulsado del PCI a finales de la década de 1960, permaneció dividido entre los esfuerzos por empujar el Partido Comunista “más a la izquierda” y el compromiso con los ejercicios de construcción del partido de los principales grupos de la Nueva Izquierda. Su legado más duradero es el diario del mismo nombre.

ser la expresión directa de los “diversos movimientos autónomos” y no la de “los intelectuales que elaboran la línea política y después bajan a la fábrica en busca de vanguardias para llevarla a cabo”. Según el informe introductorio presentado en el primer encuentro nacional de círculos autónomos en 1973, el partido revolucionario no podría establecerse a través de los grupos de la Nueva Izquierda existentes, sino sólo mediante la centralización desde abajo de las vanguardias de masas” (ahora en CAO 1976a: 23, 25, 42).

Dada la ecuación entre la dirección revolucionaria y los trabajadores de las grandes fábricas - popularizada por Negri (1973b) con la frase “partito di Mirafiori” -, los militantes no obreros tendrían un papel particular dentro de los comienzos de la Autonomía. Sin duda, había muchas luchas en las que los trabajadores y otros sectores de clase podían actuar juntos: por ejemplo, en las campañas barriales en apoyo a las ocupaciones de vivienda, así como en las “autorreducciones” de los crecientes precios en los servicios públicos y el transporte (Ramírez, 1975). También había ámbitos - como las escuelas - en los que se animaba a los no trabajadores “partir de sus propias necesidades” para, luego, incorporarlas a la lucha de clases, más amplia, contra el capital (Colletivo Político del Berchet, 1974: 23). Sin embargo, incluso aquí, la autonomía significaba: “estar con los organismos de fábrica, uniéndose sobre la base del programa en lugar de dividirse en líneas, afirmando la centralidad y el liderazgo de los organismos de fábrica en lugar de los políticos profesionales” (ibid).

Con respecto a las actividades políticas alrededor de las grandes fábricas, a los miembros no obreros de Autonomía, habitualmente, se les asignaba la labor de apoyo que los militantes “externos” habían proporcionado en la Fiat y otros lugares a finales de los años sesenta. Aquellos que como Negri y sus compañeros, argumentaban que “la clase obrera se convierte en partido a través de la centralización de sus propios movimientos” (Potere Operaio 1973: 211), parecían suficientemente satisfechos en aquel momento con dicha división del trabajo. Pero esta situación también contenía el potencial de engendrar un considerable resentimiento, como es evidente en el siguiente relato de Veneto:

“En esta discusión sobre el trabajo de los burros, una parte estaba cargada de trabajo y luego se encontraba con que no contaba para nada, era tratado como una mierda. Te utilizaban, pero si alguien tenía un problema te enviaban a casa. La gente no comía, estaban allí todas las mañanas para hacer panfletos, hacer

piquetes, realmente se reventaban. Pero la organización la hacía la Asamblea Autónoma de Trabajadores” (citado en Cuninghame 2002a: 72)¹⁰.

Al trabajar en una región en la que el “obrero-masa” de la producción fordista distaba mucho de ser el componente predominante de la composición de clase local, muchos militantes de *Veneto* pronto empezaron a replantearse este papel: “el argumento que esgrimíamos era que la organización tenía que ser inclusiva, que más allá del argumento estratégico, la complejidad residía en el hecho de que todos estábamos en esta organización (...) formada por estudiantes, trabajadores, [que] sería mejor que se llamase a sí misma como organización inclusiva y no que se llamara así misma obrera, aunque fuera autónoma” (ibid)

En 1997, la predominancia de los militantes de las grandes fábricas en Autonomía había ido perdiendo peso. Las razones son múltiples, desde la desafección política de algunos de los primeros militantes en los centros de trabajo hasta el salvaje impacto de la reestructuración industrial, que hizo que muchos revolucionarios fuesen inmediatamente expulsados del proceso de producción después de 1974. Igualmente importante fue el creciente interés por las ideologías y prácticas del movimiento por parte de una nueva generación radicada en las escuelas, en el sector servicios o en las empresas más pequeñas, espacios en donde los colectivos “difusos” de la Autonomía obtendrían gran parte de su apoyo. Por último, pero no menos importante, se produce un reajuste estratégico dentro del *ceto político* que se describe a sí misma, de manera creciente, como Autonomía organizzata. Conscientes del cambio en la base social del movimiento, muchos de estos últimos optaron, junto con los colectivos del *Veneto*, por reconfigurarse mediante pequeñas organizaciones políticas (Wright 2002: 158-162). En este cambio de circunstancias, el debate autónomo sobre el partido asumiría connotaciones que eran nuevas, pero a la vez, de algún modo, extrañamente antiguas.

2. Los constructores de partidos de la Autonomía organizzata

¹⁰ Resulta interesante comparar esto con las críticas a los llamados militantes “de fuera” de los grupos de la Nueva Izquierda realizadas por algunos militantes de fábrica en los inicios del “movimiento obrero autónomo”. Por ejemplo, de una reunión en Turín en 1979 se puede leer lo siguiente: “Hasta ahora siempre han sido los primeros [los militantes de “fuera” - SW] los que han decidido la línea política y la han impuesto en las asambleas gracias a su mayor preparación y a la mayor cantidad de tiempo que disponen. Los obreros han sido simplemente “trabajadores de mierda” de la revolución” (citado en Wildcat s.f: 2).

Aún existe el riesgo concreto de tentaciones “grupusculares” [gruppiste], un riesgo que la Autonomía Operaia Organizzata no debe de correr en absoluto (CAO 1974: 242-3).

Por lo menos, en el seno de la Autonomía organizzata el debate sobre la forma-partido fue a menudo un debate fiero, estrechamente vinculado tanto a los desacuerdos ideológicos como a las realidades prácticas de los reajustes entre distintas “microfacciones”. Un simple vistazo a las declaraciones conjuntas emitidas por la mayoría de los principales grupos de la “autonomía organizada” durante 1977 (destacable la ausencia de los romanos del Comitati Autonomía Operai¹¹) puede indicar ciertos comienzos de cohesión nacional. Pero se trata de una falsa impresión, pues incluso un sondeo preliminar de las distintas perspectivas de los grupos arroja luz sobre las razones de por qué un “partido de la autonomía” nunca fue una posibilidad real en la Italia de los setenta.

¿Un partido para los Soviets?

- El Comitati Autonomía Operai

No el partido de la Autonomía Operaia.. sino el instrumento-partido... que desde el principio debe de contener las premisas de su propia extinción

(CAO 1978c)

Con su propia trayectoria y tradiciones, arraigadas en una composición de clase diferente a la presente en Lombardía o el Véneto, resulta poco sorprendente descubrir que el mayor grupo autónomo romano sostuvo puntos de vista distintivos acerca del partido. En un primer intento de clarificar sus políticas, el grupo *Manifesto* (1971: 433-4) se había referido brevemente de los “consejos”, a través de los cuales el movimiento de masas debe de organizarse a sí mismo en la contemporánea lucha “por el comunismo”¹². A diferencia de esta postura, para el *Comitati Autonomi Operarai*¹³, (CAO, popularmente conocido como el Volsci - el

¹¹ Muchas de estas afirmaciones pueden encontrarse en Recupero (1978)

¹² Enzo Modugno (1981: 242) ha recordado la perplejidad de Paul Mattick al enfrentarse, en 1977, a las opiniones “consejistas” de algunos de los principales exponentes de *Manifesto*.

¹³ Los CAO eran conocidos popularmente como los Volsci - los “volschevichi” para sus adversarios -. ya que su cuartel general se encontraba en la Via del Volsci, una calle que debe su nombre a una tribu etrusca que había luchado con los romanos.

“volsevichi” por sus oponentes), la defensa de los consejos estuvo desde el principio en el corazón mismo de su concepción de la organización política y la transformación social. De hecho, hacia el final de la década esta defensa de la “democracia directa” de la clase obrera frente a la “democracia delegada” del capital se uniría a la agresiva afirmación de las necesidades de clase como rasgos definitorios de la ideología política de los *Volsci* (CAO 1978c).

Frente a la mayoría de sectores de la “Autonomía organizada”, los CAO mantuvieron a través de su existencia algunos de los rasgos distintivos del primer ciclo del movimiento autónomo. Su unidad organizativa básica era la de un colectivo constituido en un suburbio o lugar de trabajo específico (el más famoso, el hospital universitario Policlínico - Stame & Pisarri 1977): los cuales en algunos casos estuvieron también abiertos a militantes externos a la “autonomía organizada”¹⁴. Aparejado a esto estaba una más amplia “asamblea de ciudad” abierta también a la participación de círculos externos a los CAO (Del Bello 1997). No es sorprendente, entonces, que los esfuerzos iniciales del grupo de dar sentido a la forma-partido tuvieran un eco en estas estructuras, a través de una interpretación original del significado de organización revolucionaria.

En 1974, el CAO reflexionó sobre el fracaso de la revolución rusa, y en particular sobre el proceso por el que el poder de los trabajadores organizados en consejos (soviets) “se transformó en la dictadura del partido sobre el proletariado”¹⁵. Frente a esto, los *Volsci* manifestaron un gran interés por los recientes acontecimientos chilenos, que antes del golpe militar habían visto el surgimiento de consejos [cordones], los cuales buscaban agrupar a todos los sectores de clase, incluso los desempleados. Rechazando los modelos tradicionales legados del movimiento comunista, los romanos proponían una forma de organización

¹⁴ Nosotros, como comité del Policlínico, hicimos referencia a los comités de Autonomía Operaia como estructura política. La mayoría de nuestros camaradas se adhirió a esta estructura política, pero no todos” (Ciaccio, 1982).

¹⁵ Estas preocupaciones dificultan la comprensión de las acusaciones, difundidas hacia 1978 por algunos círculos de la izquierda revolucionaria romana, de que el CAO era “prosoviético” en el sentido de que apoyaba a la URSS de Brezhnev. Hasta la fecha, sólo he podido encontrar testimonios de segundas voces de tales acusaciones (Bocca 1980: 96; o véase CAO 1980a, donde se reproduce sin comentarios un extracto de un artículo de periódico en el que se repiten las acusaciones). Es muy posible que el trabajo del CAO con ciertas organizaciones palestinas (que algunos principales miembros de los *Volsci* pagarían muy caro, CAO 1980a) les pusiera (como a muchos izquierdistas italianos) en contacto con círculos “prosoviéticos”. Más allá de esto, sin embargo, una orientación prosoviética estaría en desacuerdo tanto con la práctica general como con sus numerosos pronunciamientos sobre “veinte años de Guerra Fría, con sus Budapest, Praga, Varsovia y la última agresión exhibida por el imperialismo soviético” (CAO 1980b; véase también 1978a).

“que mantenga durante un “largo” período la doble característica de fines y medios, la anticipación que es el soviet y el partido. Para ello, sin embargo, se requiere desde el principio las características de democracia directa y autonomía que caracterizan a la anticipación del soviet, y la subjetividad, el motor de arranque [motorino], las escuelas de cuadros, que caracterizan la anticipación del partido”

(en CAO 1976a: 68, 68-9).

Otro documento de mayo del año siguiente señala que, al menos en el periodo previo a 1977, los preceptos leninistas más convencionales seguían influyendo en la perspectiva de los romanos. Argumentando que, como medio y no como fin de la revolución, “el partido debe desarrollar la autonomía de la clase obrera y no sustituirla”, se defendía, no obstante, la visión de que la “plena expresión” de la conciencia de la clase trabajadora sólo podía darse “desde fuera” (en CAO 1976a: 376). Al mismo tiempo, ya había indicios de cambio hacia un marco alternativo. La antología del CAO en 1976 se cierra con una entrevista a un miembro destacado de Volsci en el Hospital Policlínico. Según Daniele Pifano, los trabajadores italianos estaban obligados ahora a dar un “salto cualitativo” que les llevara de la defensa de las necesidades de la clase trabajadora a una estrategia política de imposición de dichas necesidades a la sociedad en su conjunto. Esto, subrayó, era una tarea que no puede dejarse solo en manos del partido. Citando el caso chileno, Pifano observó con decepción la ausencia de

“algún partido o fuerza revolucionaria que no se limitase a proporcionar el máximo impulso a estas estructuras [los cordones-SW], sino que promoviera su centralización municipal, regional y nacional, que devolviera a las masas su propia capacidad para elaborar directamente una estrategia político-militar, de hacerse cargo de ella y de practicarla directamente más allá de los restringidos cuadros profesionales del partido”

(en CAO, 1976: 384).

El CAO tendría un gran protagonismo durante las revueltas de 1977. Como otros componentes de la Autonomía organizada, fue acusado de forma frecuente por sus rivales políticos de intentar imponer su hegemonía tanto dentro de las asambleas del movimiento como mediante su enfoque orientado a la confrontación en las manifestaciones callejeras (Bernocchi et al. 1979:38-42). Al principio, el grupo tenía la esperanza de que el nuevo ciclo revitalizara a los

círculos de la “autónomos organizados” como parte de un proyecto más amplio de “contrapoder de masas” (CAO 1977: 166). Cuando a comienzos de 1978 quedó cada vez más claro que la iniciativa de la extrema izquierda italiana pasaba a manos de las Brigate Rosse y su programa de política clandestino, el CAO echó gran parte de la culpa a sus homólogos del norte. Basándose en las críticas expresadas por primera vez en el colapso de Potere Operaio (CAO 1979b), los volsci acusaron a los antiguos miembros no solo de considerar que la construcción de una vanguardia revolucionaria estaba necesariamente separada de la organización de masas, sino, lo que es peor, de privilegiar la primera sobre la segunda (CAO 1978d: 13). Mientras que el CAO ponía el énfasis en establecer “instituciones estables del proletariado” (CAO 1978e: 1), muchos de los ex-miembros de Potere Operaio fueron acusados de sostener una “una concepción rígidamente leninista del partido” (CAO 1978f:13). Para agravar el problema, de acuerdo a los Volsci, esto supuso el fracaso por parte de los “autónomos organizados” por mantener cualquier trabajo serio y sostenido en el tiempo en las grandes fábricas, a pesar de ser esta la razón original del movimiento (CAO 1978b: 19). Con respecto a las tendencias dentro de Autonomía, el círculo de Negri - ya criticado en 1976 por su abstracta noción del “obrero-social” (Wright 2002: 171) - fue desvirtuado por el voluntarismo de su programa de “campañas” vinculadas (CAO 1979a: 6). Rechazados por la naturaleza excesivamente reduccionista de su análisis (CAO 1976b), muchos de los antiguos colaboradores de Oreste Scalzone recibieron un golpe similar, esta vez por considerar al conjunto de la Autonomia organizzata como un fracaso político (CAO 1979d).

Ante el descalabro de Autonomía tras el fracaso de la conferencia de Bolonia y el asesinato de Aldo Moro, la CAO propuso su propio proyecto de unificación nacional. Se trataba del “Movimiento de la Autonomía Operaia” - MAO por sus siglas en italiano - orientado, sobre todo, a la “autonomia diffusa” (CAO 1978c). Insistiendo en que el Movimiento del 77 se había mostrado incapaz de convertir su “fuerza antagónica” en “términos programáticos”, el documento reiteraba el largo compromiso histórico de los los volscis por desarrollar formas masivas de doble poder. Dado que la principal preocupación del proletariado era “ganar como clase, en lugar perder como partido”, el propósito de la actividad política era trabajar en la creación de soviets como “la expresión representativa de la unidad de clase” dentro de un proyecto de contrapoder. Aquí, la organización del partido - “como autogestión de los revolucionarios, como prefiguración de una forma de cooperación entre los comunistas” - tenía un papel clave. Esta vez, sin embargo, su función no era construir conciencia de clase desde fuera, sino la de ayudar a despejar los obstáculos de la autoemancipación de la clase, ya que “el conocimiento de las leyes capitalistas no se produce inmediatamente en los comportamientos de clase del proletariado”. En un periodo en el que ningún

sector de clase había surgido como polo de recomposición, el MAO pretendía abarcar tanto las funciones del partido como las del soviet. En su seno no había espacio para los militantes a tiempo completo o los profesionales revolucionarios: en su lugar, “cada uno de nosotros es el partido y juntos formaremos la línea política”, al mismo tiempo que ejercemos un peso político en la toma de decisiones. La creación de auténticos soviets no era el proyecto de una organización o una ideología, sino que solo podía lograrse en cooperación con “otras fuerzas políticas sociales”.

Al final, la iniciativa del MAO nacería muerta, al ser incapaz de romper el aislamiento de los volscis dentro de la propia amplitud del movimiento. Por otro lado, el proyecto dejaba entrever hasta qué punto algunos sectores de Autonomía organizzata estaban dispuestos a replantearse su papel. A este respecto, quizá el aspecto más intrigante de las reflexiones del CAO sobre el partido fue su conexión explícita entre la estructura y función organizativa, por un lado, y el ceto político por otro. Estudiando cómo los objetivos políticos de este último, a menudo, suponían su “propia autopreservación” y/o la consolidación y extensión de su influencia, un escrito anónimo de *I Volsci* sugirió un vínculo entre las pretensiones por ser “vanguardia externa” y la rigidez teórica del análisis social. En efectos, insistían,

“cuanto más externo sea un ceto político a los sujetos sociales, más centralizada, jerárquica y separada será su forma de organización”

(CAO 1979c: 15).

De los “extremistas” a los revolucionarios

-La línea entorno a Oreste Scalzone

Sí la estrategia está implícita en la clase, a través de su proceso de recomposición, esta puede ser actualizada por la acción subjetiva del partido...articulando y determinando su estrategia de forma concreta, a partir de los grandes momentos decisivos de la táctica (Cocori, 1977:46)

A pesar del ardor leninista de muchos de sus líderes, los *Comitati Comunisti per il potere Operaio* (CC) y sus sucesores *Comitati Comunisti Rivoluzionari* (Cocori)

fueron siempre entidades amorfas, tendentes a la ruptura, la escisión y a los reajustes internos, en donde muchos de sus miembros terminaron en los grupos armados, especialmente en *Prima Linea* (Stajano, 1982). Sin embargo, en sus inicios, los Comitati Comunisti fueron capaces de reagrupar a varios grupos y círculos en Lombardía a partir de 1975 en torno al periódico *Senza Tregua*. Este grupo no sólo reunía a los alineados con Oreste Scalzone en el debate en el seno de Potere Operaio que se habían opuesto a la postura de Negri de disolver la organización en el naciente movimiento autónomo, sino que también incluyó un significativo éxodo de militantes locales de Lotta Continua. Estos últimos vinieron, sobre todo, del barrio de Sesto San Giovanni, todo un “Stalingrado” de antiguos complejos industriales que se había visto fuertemente afectado bajo la forma de destrucción del empleo como consecuencia de las reestructuraciones en los centros de trabajo (Cazzullo 1998:2 33-9). De entre estos miembros provenientes de Lotta Continua, se incluían un número significativo de militantes destacados en la fábrica Magneti Marelli. Los Comitati Comunisti fueron pioneros en explorar y poner en práctica una determinada forma de organización en torno a los “decretos obreros”. Años más tarde, Scalzone y Lucia Martini (1997: 555) definieron esta experiencia “social, cultural y política” de la siguiente forma:

“El discurso en torno al “decreto obrero” estaba en relación con la capacidad de ciertas vanguardias para articularse en red y expresar así su contrapoder sobre un territorio, sobre toda la organización social. La reducción de la jornada de trabajo, así como del salario social, un ingreso garantizado para garantizar a todos el derecho a vivir: esos eran los dos vectores necesarios que había que acercar a las luchas. La lucha contra el mando empresarial, la disciplina fabril, contra los incrementos productivos; la lucha contra el alza de los precios, las tarifas y las rentas de alquiler. ¡Era algo diferente al “Vogliamo tutto!” del 69, más directo e incisivo. Implicaba afirmar un nuevo tipo de citoyenneté, introduciendo modificaciones irreversibles sobre el estado social de las cosas.”

En términos menos grandiosos, el “decreto” implicaba la imposición de demandas a los ejecutivos en los centros de trabajo, teorizando este proceso como la capacidad obrera “para organizar su propia fuerza al ejercicio del poder”. Este tipo de acciones fueron cruciales en la consolidación de la “fracción comunista obrera” (Incluido en CAO: 1976a 108) que hicieron del departamento de trabajo “el lugar privilegiado para el debate, decisión política, iniciativa y lucha” (CC 1976: 120). A consecuencia de esta lectura, los *Comitati Comunisti* concluían que la responsabilidad del partido “en dicho estadio del conflicto” obligaba al estrato militante obrero a desafiar en las fábricas a las “clase obrera de derecha” y su

proyecto de apaciguamiento del conflicto de clase (Incluido en CAO 1976a: 109,108)

Para principios del 77, el CC comenzó a hacer eco de la tesis de Negri sobre el obrero social. Pero incluso así, el grupo continuó asignando un rol estratégico y central a los trabajadores de fábrica. De acuerdo a *Senza Tregua*, solo este estrato era capaz de unir a los nuevos sectores militantes emergentes tales como los trabajadores en hospitales con las partes de la “vieja” composición obrera, más golpeados por los procesos de reestructuración (CC 1977c: 73). En un periódico de gran dimension distribuido en marzo de ese mismo año, los CC insistieron en la “estabilización de los nuevos niveles de organización formal para la constitución del partido revolucionario de los trabajadores en tanto que organización programática y de combate”. Hecho que se vería alcanzado a partir del emerger y renovación de las estructuras de la Autonomía en el nuevo movimiento del 77, centrándose en la

“red de vanguardias comunistas de fábrica, que en los últimos meses han promovido (de forma mínima pero decisiva) la lucha autónoma, la resistencia a la reestructuración y las primeras formas de oposición al pacto social” (CC 1977b:1).

Dicha decantación en el seno de *Senza Tregua* llevó a la formación de los Cocori en la segunda mitad del 77. En un panfleto redactado para la conferencia de Bolonia, Cocori hará públicas sus visiones distintivas acerca del rol del partido. Tal y como comenzaba el panfleto, el problema al que se enfrentaban los revolucionarios era la conquista de un “discurso mayoritario” en el seno de la clase obrera. Para que eso sucediese, los “autónomos organizados” estaban obligados a llevar a cabo “un proceso de radical rectificación” (Cocori 1977: 1). Los Cocori comprenden que “hoy vivimos en una época “post-bolchevique” caracterizada por la presencia de las “bases materiales” para el comunismo. Mientras que este hecho excluye la necesidad de ninguna etapa “socialista” distintiva bajo la guía del partido-estado (ibid: 46), no minimiza la necesidad de un acercamiento “neoleninista” a la cuestión de la organización desde una “subjetividad externa a la clase”. Al contrario que los Volsci, los Cocori no veían nada inherentemente revolucionario en la satisfacción de las necesidades obreras, las cuales en todo caso corrían el riesgo de colapsar en una suerte de “Babel paralizante”; solo el partido podía asegurar una apropiada “selección y síntesis” desde el universo de la necesidad” (Ibid: 45, 44-45). Más que “el atraso de la clase”, era la agilidad del poder de mando capitalista lo que hacía demandar la necesidad de un partido que poseyese la *capacidad “técnica ofensiva para la*

destrucción del estado, ausente de las luchas obreras en/contra la relación capitalista” (ibid: 44,45). Al mismo tiempo, los Cocori no se reclamaban a sí mismos como un polo de reagrupamiento, mucho menos lo que despectivamente llamaban un “micropartido”. Muy al contrario, pretendía ser un “centro de iniciativas comunistas” dentro de un proceso más amplio en el camino hacia la revitalización del “partido de la revolución” (ibid:1).

Un año más tarde, Scalzone reitera muchos de estos argumentos, aunque ahora lo haría desde un contexto más difícil y un estado general mucho más sombrío. Habiéndose disuelto los Cocori, su atención se centró en un nuevo proyecto editorial que aunaba una revista, *Metropoli*, con sus suplementos, los *Pre-print*. Coincidiendo con la postura de Galvano Vignale (1978: 29), que señalaba que “excepto como legado y experiencia política personal, la autonomía se encontraba completamente acabada”, Scalzone (1978: 34,35) acusó a los “autónomos organizados” de privilegiar su continuación como élite política por encima de reconsiderar el plano estratégico que los eventos sucedidos demandaban. Aislándose a sí mismos de la manifestación nacional de los obreros metalúrgicos de diciembre del 77, los autónomos organizados habían ensayado fórmulas ya probadas durante la década de los 70 tales como las del antifascismo militante¹⁶. Enfrentados a las consecuencias del secuestro y asesinato de Aldo Moro, la Autonomía se negó a abordar las raíces sociales del fenómeno terrorista, mucho menos a tener un debate serio con las *Brigate Rosse*, tal y como habían aconsejado los Cocori (1978) durante ese tiempo. En su lugar, la mayoría de componentes simplemente se lavaron las manos o en el caso de los *Volsci* y el grupo de *Negri* demonizaron a aquellos que abogaban por la militarización de la lucha de clases.

En el debate acerca de la forma-partido, Scalzone (1978a :49) repitió los argumentos de los Cocori sobre las consecuencias que se desprendían de la presente época “post-bolchevique”. Desde “que el movimiento general tendía a posicionarse a sí mismo como un moderno “sujeto leninista de masas”” la idea de la función del partido simplemente dejaba de tener razón de ser. Sin embargo, hasta que dicha tendencia alcanzara su punto álgido, existía todavía una “necesidad residual” de un remanente bolchevique (Scalzone 1978b: XXXIII). En esta visión el partido no era concebido como un “demiurgo”, sino más bien como una fuerza capaz de 1) interceder en el esfuerzo capitalista por obstruir la constitución del proletariado como sujeto revolucionario 2) debilitar los procesos

¹⁶ El Centro di Iniziativa Comunista Padovana (n.d.: 121, 122), una pequeña escisión de los colectivos del Véneto que, como su nombre indica, podría haber tenido vínculos con la red de Scalzone, ofrecía argumentos similares sobre la “obtusa autosatisfacción” de *Autonomia organizzata*.

organizativos de la “subjetividad de clase” y por último 3) desarrollar una crítica de la política capaz de desafiar el sentido común existente (Scalzone 1978a: 59). Debido al deplorable estado de la Autonomía, solo algunos movimientos modestos eran posibles en el aquí y ahora del momento. Al rechazar la propuesta de un “partido de la autonomía” que, en el mejor de los casos, era una unión de las distintas micro-fracciones, Scalzone apostaba en su lugar por un “centro de iniciativas” capaz de promover “elementos de síntesis parcial” dentro de la lucha de clases. Mirando hacia el futuro desde la atalaya de noviembre del 78, Scalzone solo era capaz de ver “el largo purgatorio” al que se enfrentaban aquellos comprometidos con la organización revolucionaria. Unos pocos meses después el juez Calogero y sus asociados se encargaron de dar a dichas palabras un sabor de amarga ironía, cuando la venganza del poder estatal se abalanzó sobre la autonomía.

¿Un uso razonado de la fuerza?

- La posición de los colectivos políticos del Veneto

La combinación de todas las formas de lucha, legal e ilegal, acciones de masas y uso razonado de la fuerza, la capacidad de liderazgo político, construyen la hegemonía real de esta experiencia en todo el Veneto

(Arsenale Sherwood 1997)

Mientras que la presencia de Negri en la universidad de Padua era una importante referencia intelectual para la extrema izquierda italiana, el grupo mayoritario que componía la autonomía véneta seguiría un camino muy distinto al suyo. De acuerdo con la genealogía que hizo uno de sus participantes, los orígenes de los Collettivi Politici Veneti per il potere operaio (CPV) se remontan a los de una generación militante más joven que quiso mantener las estructuras desarrolladas por la estructura local de Potere Operaio (M.U 1980:11). Perplejos por las divisiones que acontecían en la organización a nivel nacional, sentían pocas simpatías por la orientación de Negri y sus seguidores acerca de la posición a seguir sobre los colectivos en los centros de trabajo:

No podíamos entender -decían- la influencia de las asambleas autónomas de fábrica sobre nosotros. Prácticamente todos éramos estudiantes y no le veíamos

ningún sentido al hecho de reducirnos a ser “partidarios” de las luchas obreras (En Fondazione Piciacchia-Libreria Calusca 1997: 465).

En su lugar, el grupo de Véneto optó por constituirse en torno a las redes establecidas en las nacientes luchas sobre el transporte público, pasando de Padua a otras ciudades de la región (ibid, 465-7: Zagato 2001: 8). Mientras que la decisión de mantener la estructura de Potere Operaio un tiempo después de 1973, junto con la clásica naturaleza leninista de lo organizativo (Benvegnú 2001:2) indicaba cierta afinidad con el círculo de Scalzone, los CPV parecían mantener cierta distancia de los Comitati Comunisti (Ferrari Bravo 1984: 194-5). De hecho, por un tiempo durante los 70, se alinearon con el grupo de Negri, antes de romper definitivamente y conformar su propio grupo, pese a que continuaron colaborando con algunos de sus allegados en proyectos como el periódico Autonomia o la radio libre Radio Sherwood. Al comprender dicha trayectoria, debe entenderse que la concepción acerca del partido de los Colectivos Políticos del Véneto era distintiva. Los CPV serán reconocidos dentro del área autónoma por la práctica política que denominaron “el uso razonado de la fuerza”, que iba del sabotaje contra la propiedad privada (Anónimo 1978a, 1978b) a la intimidación física (y a veces agresión) contra aquellos que eran considerados enemigos políticos del movimiento (Petter, 1993). Si algunos de esos actos causaron revulsión fuera de sus filas, los militantes de la organización consideraban dicha práctica como “el mejor antídoto” a la influencia en la región de organizaciones como las BR o Prima Linea (Fondazione Piciacchia-Libreria Calusca 1997: 468).

La visión de los Colectivos Políticos Venetos sobre la organización se expresa de forma clara en el borrador del documento publicado en la revista Autonomia de mayo del 79, solo unas semanas después del arresto de Negri y muchos otros. En la editorial de dicho número los CPV se lamentaban del “insuficiente y artesano” esfuerzo por construir un movimiento autónomo centralizado a nivel nacional (Autonomia 1979: 3), al argumentar que, aunque el desarrollo del proyecto de partido debía estar arraigado sobre la composición de clase real, dichas luchas habían sufrido una creciente y dramática separación entre las prácticas reales y sus posibilidades. Al contrario que muchos otros defensores de la idea del obrero social, los Venetos veían que toda la potencia latente en esta figura nunca sería capaz de emerger sin un “partido organizado” (ibid). Al contrario que la mayoría de las fracciones que componían la autonomía organizada, los Venetos creían deseable y posible en dicho estadio de la lucha, el poder discutir y encontrarse para debatir las perspectivas políticas con aquellos que llamaron “*los camaradas comunistas del “partido armado”*” (ibid:20). Criticando la fijación de las

formaciones de combate en su idea de que la dirección del PCI era el obstáculo central para el desencadenamiento del proceso revolucionario¹⁷, los CPV se posicionaban por una reconsideración de lo que significaba una relación más adecuada entre las prácticas clandestinas y legales, en tanto que:

“El movimiento necesita enriquecerse a sí mismo a partir de la complejidad que adquieren los problemas... para armarse y fortalecerse a sí mismo, debe aceptar el desafío capitalista en todos los frentes en los que se desenvuelve el conflicto de clases” (Ibid:21).

Además, los Venetos sugieren que existe una confusión en el seno de la autonomía y que se vuelve necesario “separar entre subjetividades comunistas y movimientos espontáneos”:

“Separación no en el sentido de que unos están en la luna y otros en la tierra, sino en la capacidad de organizar de manera continua las iniciativas proletarias con las de los submovimientos espontáneos, con autonomía para la lucha política y para poder criticarlos” (Ibid).

Dicha continuidad, si arraigaba, debía ser responsabilidad de un “Movimiento Comunista Organizado” (MCO), una red de militantes proletarios que se diferenciaban a sí mismos de los varios movimientos de masas (los cuales normalmente se articulaban de acuerdo a criterios territoriales) a través de su “línea política”. Finalmente, en la cúspide del MCO debía constituirse una “estructura central, con ejercicio de dirección en la síntesis entre organización y política, capaz de articular la línea y la materialidad del partido”. Y si existía cualquier atisbo de duda, a los lectores de dicha editorial se les recordaba que dicho proyecto requería de la “máxima unidad y disciplina posible” (ibid: 22).

En el último apartado del documento, el CPV centraba su atención en criticar a otros componentes de la autonomía. El grupo de Negri, por ejemplo, era criticado por abordar la cuestión del partido en “unos términos completamente ideológicos y políticamente generalistas”, a la vez que se subrayaba la incapacidad del grupo para llevar su programa a la práctica. Por otro lado, Los *Comitati Autonomia Operai di Roma* eran acusados de mantener una comprensión “instrumental y

¹⁷ Esta valoración por parte del PCI parece más propia de las Brigate Rosse que de otros grupos armados destacados de finales de los setenta (por ejemplo, Prima Línea).

carente de estrategia” de la organización, al mismo tiempo que trataba de esquivar todos los esfuerzos por integrar una estructura nacional, centralizada. Al final, los CPV concluían que el proyecto MAO de los romanos representaba no solo un obstáculo para el desarrollo de la autonomía difusa, su audiencia primaria, sino también un paso atrás “para todas las fuerzas de la autonomía obrera organizada” (Ibid:24)

Un partido de la autonomía

- Antonio Negri y los Collettivi Politici Operai

El peor y más antiguo error es la constitución o reconstitución del “grupo” ... [con sus]...esquemas paleoleninistas de la organización (centralismo democrático, profesionalización de los líderes, división organizada del trabajo)”

(Rosso 1975: 235, 236).

Es probable que quienes hayan oído hablar de Autonomía en el mundo anglosajón conozcan algo sobre Antonio Negri. Durante gran parte de los setenta, Negri sería miembro del Collectivi Politici Operai (a veces conocido como Rosso, por el nombre de su periódico), un grupo autónomo con base principalmente en Milán y sus alrededores, que obtendrá sus primeros cuadros de antiguos miembros tanto de Potere Operaio como de Gruppo Gramsci (Wright 2002: 53). Con cierta presencia inicial en la industria automovilística local, la orientación del grupo cambiaría lentamente a lo largo de la década, dirigiéndose con especial interés a “los círculos juveniles proletarios” del interior de Milán. Primeros exponentes de los centros sociales ocupados y de una política vivida “en primera persona”, los círculos juveniles alimentaron una creciente red de colectivos “autónomos difusos” alineados con Autonomía organizzata, anticipando durante el proceso muchos de los elementos que se encontrarían más tarde en el movimiento del 77 (P. Farnetti & P. Moroni 1984). Capaz de aprovechar el prestigio tanto de Negri como intelectual como del Rosso como periódico (en torno al cual se formó una especie de alianza a mediados de los setenta formada por los Volsci y parte del círculo de Franco Berardi en Bolonia), el CPO fue durante mucho tiempo el principal componente de Autonomia organizzata dentro la izquierda radical milanesa. Por otro lado, frente a la competencia de Senza Tregua y otros grupos de la “autonomía organizada” (Moroni 1994), el CPO

nunca fue capaz de alcanzar la hegemonía local que consiguió el CAO en Roma o el CPV en el Véneto.

¿Cómo valoró Negri otros enfoques de organización política dentro de Autonomía? Algunas pistas pueden encontrarse en su valoración de los puntos de vista de los Volsci al respecto. Rechazando el leitmotiv de estos últimos sobre la “democracia directa” al estar dominado por “la lógica de las necesidades individuales y la escasez de recursos” (Negri 1976: 134), Negri ofrecería una crítica más detallada sobre los puntos de vista romanos como parte de la contribución de los *Collectivi Politici Operai* al debate de la organización dentro de Autonomía. Aquí se sugería que las precondiciones que hacían concebible un modelo “soviet” de revolución - un sistema “molecular” de producción en el que cada empresa constituyese un “momento de poder”; una comunidad obrera socialmente homogénea; una forma-Estado cuyas funciones fueran “inmediatamente transferibles a la gestión directa de las masas” (CPO 1976a:10) - estaban ausentes en el caso italiano. Por otra parte, se argumentaba que el “carácter directo e inalienable” del poder de la clase obrera en la experiencia soviética era real y digno de elogio. Sin embargo, en lugar de ofrecer una detallada alternativa de su punto de vista al respecto, el grupo de Negri sugirió que el discurso de la organización sólo podía surgir “desde dentro de la organización de los comportamientos concretos de las masas”. La clave que había que recordar, concluía, era que el “el problema de la organización y el del programa aparecen juntos” (ibid). Lo que esto significaba en términos prácticos se explicaba en otro artículo del mismo número de Rosso, que identificaban una serie “objetivos actuales” [obiettivo di fase], que iban desde las luchas de fábrica a las luchas contra el aumento de los costes de vida y la represión (CPO 1976b: 2).

Si bien este énfasis en campañas específicas capaces de encarnar un programa anticapitalista no tuvo mucha resonancia en muchos otros “autónomos organizados”, sí tocó la fibra de una de las organizaciones marxistas-leninistas minoritarias del norte de Italia. Ya en 1975, en su panfleto *Proletari e Stato*, Negri (1976a: 70) había empezado a tender la mano a esos grupos, alabando “el proceso del partido en el sentido marxista-leninista” como camino a seguir. Tales esfuerzos empezaron a dar sus frutos en 1976, con un creciente interés en la Autonomía en general, y en el trabajo de Negri en particular, evidente en las páginas de *Voce Operaia* (Leonetti 1976). De hecho, en diciembre de ese año, los editores de este último, el Partito Comunista (marxista-leninista) Italiano, se habían unido a Rosso para redactar una “plataforma” con cuatro puntos centrales: lucha por el salario; lucha contra el trabajo; lucha contra el poder de

mando; y lucha contra el estado (Recupero 1978: 34-5¹⁸). En 1977, el PCI(m-l) se había convertido, a todos los efectos, en otra “micro-facción” de Autonomía organizata, antes de disolverse finalmente al año posterior.

La cuestión del partido fue, claramente, una preocupación central para Negri a lo largo del crucial 1977. Además de algunos ensayos en Rosso durante aquel año, sus puntos de vista quedan expuestos en dos textos clave: *Dominio e sabotaggio* (Negri 1977b), y el capítulo final de *La forma-stato* (Negri 1977a). Ya en el capítulo inicial de este último, Negri (1977a: 24) había planteado lo que consideraba el “problema fundamental”, a saber, “la organización, el ¿Qué hacer?”. Significativamente, el título del último capítulo de *La forma-Estado* (“Del comunismo de izquierdas [Estremismo] al ¿Qué hacer?”), invocaba dos de los llamamientos más directos a la organización de vanguardia. Pese a su visión de la autovalorización, o las desestimaciones pasajeras de la “autonomía de lo político”, la noción de partido adelantada por Negri recordaba fuertemente a la visión de Mario Tronti una década antes. Tras haber planteado “el problema del Estado como el problema del partido del capital”, Negri pasó del “problema del partido como el problema del Estado de la clase obrera: mejor, del anti-Estado, del poder obrero” (Negri 1977a: 334). Ya que el proceso de autovalorización de la clase obrera - “la posibilidad de no trabajar duro, de vivir mejor, de garantizar el salario” - permanecía tanto “dentro como fuera del capital”, no era capaz de liberarse por sí mismo de la sociedad de clases. Lo que necesitaba, por tanto, era la “fuerza política organizada” capaz de “acelerar y conducir hacia una ruptura definitiva con la relación del capital” (Negri 1977a: 339). Así como había sostenido Tronti (1971: 236) en 1965 que “la sociedad del capital y el partido obrero se encuentran [como] dos formas opuestas con el mismo contenido”, Negri mantenía a principios de 1977 que:

“El trabajo del partido es, por lo tanto, exactamente la oposición de lo que constituye la modificación de la constitución material del capital. El partido es el anti-Estado, de cabo a rabo [fino in fondo]. La contradicción de estos puntos de vista se ejerce sobre la doble naturaleza de la composición de clase: la voluntad capitalista de legitimar de nuevo los procesos de administración y explotación, y la voluntad obrera de administrar la independencia proletaria hasta el punto de atacar al Estado y destruir el sistema salarial. Paralelas y opuestas, dos fuerzas iguales y contrarias actúan sobre la composición de clase” (Negri 1977a: 339).

¹⁸ Algunas referencias sobre las relaciones entre el CPO y PCI (m-l) pueden encontrarse en Leonetti 2001. A su vez, la alianza con el grupo de Negri provocó la oposición de los miembros más ortodoxos del PCI(m-l) (Acerenza et al. 1977).

Visto desde esta perspectiva, el significado del partido tenía menos que ver con la estructura que con la función. No era un partido que pretendiera representar a la clase: en su lugar, su propósito era gestionar la desarticulación de la dominación capitalista. Era una vanguardia en un sentido literal, el dragaminas que clarificaba el paso para el avance de los trabajadores. Pero también era más que eso: era también un personal general. Así, aunque Negri (1977a: 342) también rindió un homenaje formal en este texto a la consigna autónoma del “rechazo a la delegación”, no había duda de que el proceso de unidad del proletariado era responsabilidad de una capa especializada dentro de la clase. En sus palabras, “este trabajo de recomposición a través de la destrucción [del poder de mando del capital] debe estar completamente en manos del cerebro colectivo de la lucha obrera” (ibid).

Revisando el desarrollo del movimiento del 77, un artículo de junio en Rosso destacaba lo que el CPO veía como una peligrosa polarización entre los que impulsaba una perspectiva “insurreccionalista” y quienes veían el desarrollo de la lucha en términos gradualistas. Dado que cada avance en el “poder proletario” iba ahora acompañado de una “mayor fuerza” y represión, correspondía a la “organización comunista” romper este círculo vicioso desde un enfoque estratégico basado en la “línea de masas” (Rosso 1977a: 169). Frente a quienes se declaraban como el “partido combatiente” y veían la lucha de clases como una batalla entre “diferentes y contrapuestos aparatos de estado”, Rosso hablaba de la necesidad del “partido como organizador de la guerra civil y dirección del ejército proletario” (ibid: 170). El rechazo hacia tanto las sensibilidades insurreccionalistas como gradualistas continuó en un artículo de Rosso preparado para la conferencia de Bolonia. Se señalaba a la perspectiva de las Brigate Rosse por su militarismo, que fallaba en comprender el significado estratégico del “proceso de liberación de las grandes masas” (Rosso 1977b: 176). De todos modos, si se quería romper “el mal infinito” entre composición de clase y represión, la cuestión de la “organización vanguardia” no podía ser obviada. Aunque la crisis de la forma-Estado había engendrado una crisis de la forma-Partido, no era menos cierto que

la constitución de un instrumento político que insistimos en llamar partido es tan plausible en el plano científico como absolutamente necesaria en el plano práctico” (Rosso ibid: 177).

Sosteniendo que una “organización estable” no podía establecerse “en términos burocrático-formales”, Rosso concluía reiterando su opinión, tantas veces expresada, de que solo una serie de campañas conectadas era capaz de proporcionar la base a través de la cual una nueva formación nacional - “el organizador colectivo de la subversión social” (ibid: 176-177) - podría agregarse mediante la lucha.

La relación precisa entre este “organizador colectivo” y el proceso, más amplio, de la “subversión social” quedó clara en el panfleto de Negri *Dominio e sabotaggio*, escrito a principios de septiembre de 1977. Significativamente, en esta pieza Negri recalificaría sus puntos de vista de varias maneras importantes. Para empezar, como testimonio de la vitalidad del movimiento del 77, la dialéctica fundamental en la sociedad de clases se planteaba en unos nuevos términos con la autovalorización que ahora venía a suplantarse al partido como principal protagonista del estado, “lo contrario al concepto de la forma-Estado” (Negri 1977b: 15). A diferencia de su posición ocho meses antes, Negri ahora afirmaba que la autovalorización encarnaba, de hecho, la capacidad de romper la relación del capital, puesto que era ella misma “la fuerza [forza] que abandonaba el valor de cambio y tenía la capacidad para basarse en los valores de uso” (ibid 22; véase también 38). En cuanto al partido, *Dominio e sabotaggio* se preguntaba sin rodeos si tal entidad aún tenía algún papel útil que desempeñar en el proyecto revolucionario. Haciéndose eco de las preocupaciones expresadas durante mucho tiempo por los Volsci, Negri (ibid: 67) identificó el nacimiento del Gulag como “el monopolio de la violencia del partido, el hecho de ser el anverso en lugar de la antítesis determinada de la forma-Estado”. Y, sin embargo, continuó, “no me siento capaz de desechar el problema del partido” (ibid: 61). Aquí Negri retomó los argumentos planteados en Rosso dieciocho meses antes, donde se había argumentado que la contradicción entre quienes privilegiaban “el movimiento” y los defensores de “la concepción “leninista” de la organización” debían enfrentarse como “una contradicción leninista” (Collectivi politici di Milano 1976c: 229). Escribiendo *Dominio e sabotaggio*, Negri subrayó que el problema contradictorio de la organización solo podía ser asumido por los militantes del movimiento, que se encontraban “enraizados, por un lado, en la práctica de la autovalorización y atados, por otro lado, a las funciones ofensivas” (ibid: 63). A partir de ello, concluía, el partido podía encontrar un papel a desempeñar en el proceso de recomposición de clase, como

el ejército que defendía las fronteras de la independencia proletaria. Y, naturalmente, no debe, no puede mezclarse en la gestión interna de la autovalorización” (ibid: 62).

En los meses que transcurrieron entre la escritura de *Dominio e sabotaggio* y el arresto de Negri en abril de 1979 habría pocas oportunidades para poner a prueba tales nociones. Siempre extremadamente fragmentada, la Autonomía de Milán y sus alrededores se fracturaría cada vez más a raíz del asunto Moro (Gaj:1980). Y aunque Negri abandonaría pronto el agitador Rosso en favor del ambiente más reflexivo de Magazzino, en los meses anteriores a su arresto continuaría insistiendo en que

La crítica más rigurosa de la III Internacional no puede negar esa urgencia esencial en nuestra experiencia de lucha, y esta se refiere a la construcción de una forma adecuada de organización de partido, de organización para la clase en esta fase” (Negri 1979a:131).